

Alemania 1994, el año de los símbolos

Jean-Paul Picaper

LA salida de Alemania de los últimos 2.100 soldados rusos, que tuvo lugar el 31 de agosto de 1994, terminó definitivamente con cuarenta y nueve años y cuatro meses de ocupación de Alemania del Este. Más de medio millón de militares y una cantidad colosal de material, incluidos misiles nucleares, fueron trasladados a Rusia en sólo tres años, según el acuerdo Kohl-Gorbachov de julio de 1990 y el tratado de reunificación alemana de septiembre de ese mismo año. Que todo eso ocurriera con calma y orden fue un gran logro. Fiel a las reglas ya vigentes durante su “revolución suave” de 1989, la población germano-oriental no intentó, en ningún momento, tomarse la revancha contra los soldados rusos.

La salida de los soviéticos ha restituido a Alemania su soberanía plena y completa de forma más tangible que todos los actos políticos que se han desarrollado desde 1989. Los occidentales por su parte ya hacía tiempo que habían dado de hecho esa soberanía a Alemania occidental. En una ceremonia conmovedora, Estados Unidos, Francia y Gran Bretaña se despidieron también de Berlín, cuya libertad habían salvado. La Bundeswehr (ejército de la República Federal de Alemania) se instalará el próximo mes de enero en el antiguo “Cuartel Hermann Göring” de Berlín, con lo que se pondrá punto final a la posguerra; el cuartel que fue francés de 1945 a 1994, con el nombre de “Cuartel Napoleón”, volverá a ser bautizado por los alemanes como “Cuartel Julius Leber”, en memoria de un miembro de la resistencia antinazi ejecutado en 1944.

Si uno otorga importancia a los símbolos, el nuevo nombre de ese cuartel berlinés indica que Alemania no volverá a las costumbres del pasado. La nueva denominación subraya la idea que la República Federal tiene de su futuro papel en Europa: servir a la paz y la democracia. ¿Pero, es este lema un nuevo ropaje de la eterna Alemania? ¿No han aprendido los alemanes a utilizar en su provecho las zonas de sombra de su pasado?

El canciller Helmut Kohl, reelegido con su coalición gubernamental en los comicios del pasado 16 de octubre, es la mejor garantía posible contra cualquier tentación totalitaria. Aplastó a los “republicanos” ultranacionalistas y al partido “nacional-libe-

Jean-Paul Picaper, doctor en Ciencias Políticas y diplomado en estudios germánicos, es corresponsal de *Le Figaro* en Alemania.

ral” antieuropeo fundado por Manfred Brunner, tanto en las elecciones legislativas de octubre como en las europeas del pasado junio. De Adenauer a Kohl, pasando por Willy Brandt y Helmut Schmidt, Alemania ha comprendido que sólo puede desempeñar un papel de primer plano en el continente esforzándose en la mediación y el apaciguamiento, en lugar de aprovecharse, como hizo Bismarck, de los conflictos que enfrentaban a otros Estados europeos.

Nunca se repetirá lo suficiente que es un profundo error comparar a Kohl con Bismarck. A quienes sospechan que los alemanes juegan un doble juego –porque, según se afirma, la política es esencialmente maquiavélica– se les puede decir que la Alemania de hoy, no tiene ningún objetivo de hegemonía en Europa. Sin duda, hay que haber vivido mucho tiempo en la intimidad de este país y de su clase política para convencerse de ello. Sin embargo, la fórmula es bien simple: mientras Alemania tenga un régimen democrático, no recaerá en su antiguo imperialismo.

Hay diversas razones de orden práctico y un argumento moral que se oponen a ello. En primer lugar, Alemania ya no es una gran potencia mundial, salvo en el campo comercial, en la que es la número dos, por delante de Japón y detrás de EE UU. Desde luego, domina Europa occidental y central por su economía y su demografía, pero en el terreno militar no podría medirse con Rusia, ni siquiera con Ucrania. El ejército de la Alemania reunificada ha sido reducido a 238.000 hombres, cifra inferior a los efectivos respectivos de la Bundeswehr germano-occidental y del ejército de Alemania del Este, el NVA (Nationale Volksarmee), anteriores a 1989, así como al límite máximo de 270.000 hombres, fijado en el acuerdo de reunificación a petición de los rusos. En cuanto a la industria de armamento, el gobierno alemán sigue considerando que, esencialmente, es patrimonio de los otros países aliados, mientras que la vocación de Alemania es exportar productos químicos y máquinas-herramienta.

Por tanto, Alemania necesita al resto de la Unión Europea para hacer de contrapeso frente a Rusia. Otro elemento concreto a considerar es que Alemania tiene fronteras con nueve Estados. Es ésta una situación de la que sólo puede sacar provecho viviendo en buena vecindad con todos ellos y aceptando las fronteras tal y como están. Alemania no volverá nunca a violar las fronteras como hizo Hitler. El objetivo exclusivamente defensivo de sus fuerzas armadas figura en su Ley Fundamental. El 12 de julio de 1994, el Tribunal Constitucional alemán estableció que las misiones en el extranjero de la Bundeswehr tendrán que efectuarse en el marco de una alianza o de una organización internacional; por tanto, Alemania no puede actuar por su cuenta, no puede tener una presencia militar internacional sin sus aliados.

En el transcurso del verano de 1994, los círculos próximos a Helmut Kohl publicaron en forma de libro discursos y escritos del

antiguo ministro de Estado, Alois Mertes¹, muerto prematuramente en 1985. Este político contribuyó poderosamente a elaborar la política exterior del partido cristiano-demócrata (CDU) que preside el canciller. Mertes partía de la idea de que la voluntad política es determinante para hacer historia y consideraba, por ejemplo, que la acumulación de armas nucleares no es en sí misma un peligro, sino que lo que hace inclinar la balanza hacia la paz o la guerra es el uso que se quiera hacer de ellas. Por lo que respecta a los alemanes –añadía– el margen de maniobra político es muy estrecho. Este precursor, cuyos principios guían aún la política de Helmut Kohl, definía así el rumbo del que Alemania no se debe desviar: “El hilo conductor de nuestro interés nacional parte de los momentos terribles de la Segunda Guerra mundial, que una dictadura alemana planificó y comenzó pretendiendo defender ese interés. Precipitó a nuestro pueblo al abismo más profundo de su historia, pero hizo de nosotros partidarios convencidos de una política de renuncia a la violencia y de mantenimiento de la paz. La amenaza del empleo de la fuerza y más aún la guerra no es un instrumento de la política”.

Amenaza residual en el Este

Tras haber hecho imperar el terror bajo el Tercer Reich, Alemania se vio a su vez sometida a la amenaza de una invasión. Este reciente período histórico está presente en el recuerdo de la gente. Así, los militares rusos abandonaron Alemania sin conseguir las ceremonias de los aliados que reclamaban sus oficiales. Se recordaba demasiado la época en la que los soviéticos utilizaron las amenazas para lograr la docilidad de los alemanes. Sin el apoyo de la OTAN, seguramente Alemania se habría deslizado hacia la esfera de influencia soviética. La izquierda alemana ya daba muestras de una “obediencia anticipada” con su inmenso apresuramiento espontáneo a satisfacer a Breznev y a Honecker. Incluso con Gorbachov, la presencia rusa en Alemania seguía siendo un considerable medio de presión para obligar a los alemanes a orientarse hacia Moscú.

Este enorme miedo ha desaparecido. En la actualidad, son los rusos los que temen que Bonn les relegue al margen de Europa, al haber pagado demasiado cara –unos 80.000 millones de marcos incluidas todas las ayudas– su partida. Así, el 31 de agosto, Boris Yeltsin subrayó en Berlín que Alemania y Rusia ya no son “ni enemigos ni adversarios” y que “los dirigentes de ambos Estados, así como los rusos y los alemanes en su conjunto, tienen la voluntad de orientar las relaciones hacia nuevas vías”. Su ministro de Asuntos Exteriores, Andrei Kozirev, protestaba contra la idea de que Alemania pudiera perder el interés por Rusia tras la retirada de

1. Alois Mertes, *Der Primat des Politischen*. Düsseldorf: Ed. Droste, 1994.

las tropas: "Sin la cooperación entre Alemania y Rusia, no puede haber progreso político y económico en Europa", proclamó.

Pero tras esa retirada se percibió un discreto alivio, sobre todo en Alemania del Este. Con su agudo sentido político, Helmut Kohl se aprovechó de ello en la campaña electoral. Mediante algunos millones de marcos adicionales, aceleró el proceso de repliegue, adelantando en seis meses esta liberación de su país, antes de las elecciones legislativas y encargándose también de que tuviera lugar en las mejores condiciones posibles. En sus discursos electorales, el canciller citaba una canción de despedida compuesta por el ejército ruso: "Alemania, te tendemos la mano. Volvemos a la patria, pero seguiremos siendo amigos para siempre". Sin duda, la eliminación de las secuelas de la ocupación contribuyó a la victoria de Helmut Kohl en las legislativas del pasado 16 de octubre.

Sin embargo, la amistad germano-rusa permanecerá en un nivel limitado durante algunas décadas, ante las dificultades de Rusia para levantarse de las ruinas políticas y económicas que dejó la antigua URSS. Los alemanes, cuyas previsiones eran más optimistas, están decepcionados. Helmut Kohl había acordado con Mijail Gorbachov realizar intercambios comerciales por valor de 25.000 millones de marcos anuales. En la actualidad, el comercio germano-ruso no supera los 5.000 millones de marcos. A ello se añade la desorganización de Rusia y su inestabilidad política.

Por su volumen, por los conflictos y crisis que la desgarran y porque sigue siendo una potencia nuclear –en el terreno civil y militar–, Rusia sigue haciendo pesar una amenaza residual sobre Alemania. Este peligro, más borroso que la amenaza de la guerra fría y menos controlable, suscita una preocupación difusa. Desde julio y agosto de 1994, las incautaciones de plutonio de contrabando procedente de Rusia han saltado frecuentemente a los titulares. Un diputado de la oposición socialista (SPD), Freimut Duve, observaba que, por primera vez desde el final de la guerra fría, los alemanes volvían a tener miedo. Ocho años antes, tras el accidente de Chernobil, sufrieron la angustia con una intensidad que los otros países de la Unión Europea difícilmente pueden comprender.

Desde entonces, en sucesivas cumbres del Grupo de los Siete (G-7), Helmut Kohl no ha dejado de intentar movilizar a sus socios contra el riesgo que suponen las centrales nucleares rusas y ucranianas. En una entrevista de finales de mayo de 1994, el presidente del grupo industrial Siemens, Heinrich von Pierer, nos transmitía su decepción porque la señal positiva respecto a las centrales, dada por el G-7 en Munich en 1992, no hubiera tenido una continuación: "Allí hay en funcionamiento 58 centrales nucleares, entre ellas 15 del modelo de Chernobil. Poner remedio a esa situación es una tarea europea. ¿Cómo hacerlo? Algunas centrales deben ser desconectadas inmediatamente. Otras pueden ser reequipadas en un plazo de tiempo determinado. Algunas podrán ser adaptadas a nuestras normas de seguridad. Por último, habría

que completar ese conjunto con nuevas centrales. Para no perder tiempo, no debemos instalar centrales nucleares modernas, sino centrales combinadas de gas. Los rusos, que tienen el 40 por cien de las reservas mundiales de gas, están predestinados a emplear centrales de gas”.

Según Von Pierer, bastaría una subvención de 4.000 millones de marcos para permitir a los rusos y ucranianos adquirir equipamientos en Occidente y los siguientes 10.000 millones podrían ser deducidos de sus exportaciones. El director de Siemens se propone realizar ese gran proyecto con la empresa francesa Framatome y con suecos y finlandeses.

Más recientemente, la importante catástrofe ecológica provocada por la rotura de un oleoducto en la tundra siberiana, indica que la reparación de las centrales nucleares en la CEI no será la única tarea de interés común para Europa occidental, que engendrará una cooperación a largo plazo, ya sea con el envío de un astronauta alemán a la estación orbital rusa Mir en octubre de 1994, o con la creación de un gran complejo químico alimentado por gas ruso, en la localidad germano-oriental de Leuna-Buna. Con Thyssen, Elf Aquitaine y la empresa rusa Gazprom, entre otras, están surgiendo las premisas de esta “Gran Europa” Este-Oeste.

Peligros descartados

Si admitimos que el Este sigue generando temores, incluido el de la vuelta de los comunistas al poder, se puede afirmar que diferentes catástrofes anunciadas tras la apertura de las fronteras orientales en 1989-1990 no han tenido lugar. Uno de los temores era una avalancha de rusos menesterosos. Se decía que había 15 millones de parados rusos “sentados sobre sus maletas, esperando su visado para emigrar a Alemania”. Esa invasión no se produjo, porque los pueblos del Este están muy ligados a su tierra natal y porque la liberación de los mercados ha puesto fin al hambre en sus países, a pesar de los salarios miserables y el desempleo. Sin duda, Alemania ha acogido a una oleada de solicitantes de asilo. Pero esa llegada masiva de inmigrantes –procedentes en su mayoría del Tercer Mundo– fue contenida por la enmienda constitucional que limitó el derecho de asilo, votada el 1 de julio de 1993. Desde esa fecha hasta el 1 de julio de 1994 llegaron a Alemania 98.500 solicitantes de asilo, frente a 224.000 en el semestre anterior a la adopción de esa reforma.

Sin embargo, la presencia de numerosos extranjeros y la infiltración de las mafias rusas, polacas y de otros países ha provocado un recrudecimiento de los delitos cometidos por extranjeros en territorio alemán. Por ejemplo, en 1993 se robaron en Alemania 140.057 coches, la mayoría destinados a Europa del Este. Pero también aquí, la votación del 1 de julio de 1993 y la adaptación progresiva de la policía a esta situación, han permitido reducir los delitos cometidos por extranjeros, de un 36 por cien del total en

1993 a un 25,6 por cien en 1994 (hay un 8,5 por cien de extranjeros en la población alemana). El número de robos de coches también ha disminuido un 6,3 por cien.

El segundo temor era que la industria alemana trasladara sus centros de producción hacia los países de bajos salarios de Europa del Este, lo que habría elevado el paro en Alemania. Baviera temía especialmente esa fuga de empleos debido a su larga frontera con el Este. Sin embargo, con pocas excepciones, ese éxodo tampoco se produjo. Como afirma el Instituto Económico Ifop, de Múnich, los costes de producción no son un criterio decisivo para los industriales alemanes a la hora de invertir en el Este. Los flujos comerciales no han cambiado radicalmente y no cambiarán tan pronto. Baviera, por ejemplo, conserva su balance negativo en el comercio con el Este (es el único de los 16 *länder* alemanes en esta situación).

Se observa que las industrias alemanas invierten en el Este, sobre todo en circuitos de distribución, venta de productos muy elaborados, electrotecnia, sector del automóvil o industrias mecánicas, para tener opción a los mercados del futuro. El comercio alemán con el Este ha aumentado más del cien por cien entre 1983 y 1993, pero sigue siendo marginal: en 1993 supuso un 7,1 por cien de las exportaciones y un 6,6 por cien de las importaciones. Sólo es importante para el territorio de la ex RDA, donde todavía representa el 40 por cien de las exportaciones, porcentaje que se considera débil. Sin embargo, Alemania se ha convertido en un mercado importante para los países del Este (absorbe el 33 por cien de sus exportaciones e importaciones).

Hemos visto que, en sus discursos a los electores durante la campaña, el canciller Kohl evocó la partida de las tropas rusas, pero también mencionó otro éxito de su política exterior: el desfile de los soldados alemanes del "euroejército" por los Campos Elíseos de París, el 14 de julio de 1994. "Antes, hubo muchas polémicas", afirmó el canciller, "pero los parisinos aclamaron a nuestros granaderos". Efectivamente, diversos medios de comunicación franceses habían anunciado una protesta generalizada contra ese desfile.

Con ocasión de la cumbre de Mulhouse, el 31 de mayo de 1994, François Mitterrand anunció la participación del "euroejército", alemanes incluidos, en el desfile del 14 de julio. La iniciativa, conscientemente provocadora, rompía un tabú; se lanzó algunos días antes de las ceremonias que conmemoraban el desembarco de Normandía del 6 de junio de 1944, a las que el canciller Kohl no fue invitado, y pareció tan excéntrica que no se percibió en toda su amplitud. Hay que recordar que el proyecto estaba en estudio dos o tres meses antes en los despachos del ministerio de Defensa francés y sólo estaba pendiente de la bendición presidencial. La idea era del ministro de Defensa, François Léotard, que la propuso a finales de los años ochenta, mucho antes de hacerse cargo de la cartera.

En realidad, la mayoría de los franceses no era hostil a la participación alemana en el desfile; el 58 por cien la aprobaba según un sondeo de *Figaro Magazine* y Sofres y un 66 por cien según el Ifop. Una vez más, la clase política francesa estaba retrasada con respecto a la evolución de la opinión pública, que desde 1959-1960 considera a Alemania como el aliado más fiable de Francia. Lo mismo ocurrió en 1989-1990, cuando la población francesa estaba a favor de la reunificación alemana, mientras que los políticos expresaban su reticencia.

La X División Panzer pudo desfilar por los Campos Elíseos bajo la bandera del "euroejército". En total unos 800 hombres descendieron por la principal avenida de París en unos 150 vehículos blindados, orugas y sobre ruedas. Entre ellos figuraban, además del alemán, los destacamentos belga, español y francés del Cuerpo del Ejército Europeo, apoyando a varios regimientos franceses de la Segunda División Blindada que, 50 años antes, habían liberado París y puesto fin a los desfiles de la Wehrmacht en el corazón de la capital francesa ocupada.

No se puede insistir lo suficiente en ese acontecimiento. Desde luego, no borró la invasión de Francia por Alemania en 1940, pero subrayó que la Alemania reunificada ya no es el Reich alemán y que la Bundeswehr no tiene nada que ver con la Wehrmacht. Así, se puede decir que 1994 ha sido el año de los símbolos. Los medios de comunicación de masas que explotaron el hecho de que no se invitara al canciller Kohl a Normandía, orientados a la izquierda en su mayoría, no pudieron evitar subrayar el carácter positivo de este 14 de julio que permanecerá grabado en el recuerdo. Este gesto de Francia contribuyó decisivamente a sentar el futuro de Europa.

El núcleo europeo

Fue en Francia y en los Estados del Benelux donde recibió una aprobación más general una discutida iniciativa alemana: el proyecto de núcleo europeo, presentado por los diputados cristiano-demócratas Wolfgang Schäuble y Karl Lamers, el 1 de septiembre de 1994. Sin duda, el proyecto se asemejaba al esbozo de una Europa formada por círculos concéntricos, que trazó Edouard Balladur en una entrevista concedida a *Le Figaro*, el 30 de agosto. Sin embargo, el plan levantó las protestas de varios Estados miembros de la Unión Europea (UE), en particular Italia y Grecia, pero también de Dinamarca y el Reino Unido, que no formarían parte del núcleo. Los dos primeros porque no consideraban poder cumplir de aquí a 1997 o 1999 los criterios de convergencia de Maastricht; los otros dos, porque habían solicitado determinadas derogaciones.

Ante esta avalancha de críticas, el gobierno de Bonn afirmó que el proyecto Schäuble no era oficial. Sin embargo, está cerca de algunas ideas de Helmut Kohl, como por ejemplo la de que "el barco más lento no puede determinar la velocidad del convoy" eu-

ropeo, frase muy querida del canciller. El proyecto del núcleo europeo ha sido, de hecho, mal entendido y deformado. “La Unión en tres círculos” de Balladur no era sino una presentación más diplomática de la misma idea. Estas dos variaciones de una Europa de geometría variable parecen preferibles a la idea de una Europa de varias velocidades. Efectivamente, suponen diferentes grados de integración sectorial para cada país, mientras que la Europa de varias velocidades parece una carrera de obstáculos. Según los autores de los proyectos, todos los países de la UE tendrán el mismo estatuto de Estado miembro, sobre todo en el terreno de la seguridad, un aspecto esencial sobre todo para la Europa central.

Incluso si España, por ejemplo, no cumpliera los criterios de la Unión Económica y Monetaria, su participación en el euroejército la convertiría en un miembro importante del círculo concéntrico de defensa. En cuanto a los países de Europa central, Wolfgang Schäuble subrayó que “no queremos una Europa intermedia, que sería una zona de inestabilidad”. El euroejército es una de las anclas que retienen a los Estados miembros en el lecho del río europeo. Otra será la moneda común, estabilizada mediante el marco alemán. Otra más pasará por la consolidación de las instituciones de la UE, destinada a compensar su ampliación.

Hasta ahora no se ha insistido bastante en la Europa de la defensa, condición previa para la credibilidad de una política exterior común, bajo la égida de la Unión Europea Occidental (UEO). En 1987 se creó la brigada mixta franco-alemana. Centrada en el bilingüismo y la interoperatividad, tenía unos ambiciosos objetivos; seguirá existiendo en el seno del euroejército, reforzada hasta alcanzar los 4.500 hombres. El euroejército, instituido en mayo de 1992 por Helmut Kohl y François Mitterrand, asocia, en cambio, unidades nacionales diferenciadas bajo un Estado Mayor europeo integrado. Con sus 50.000 efectivos —está compuesto por unidades de 5.000 hombres de cada país miembro— será mucho más importante que la brigada y debería ser operativo a finales de 1995.

Estas instituciones militares eran reclamadas por la historia desde hacía 30 o 40 años, es decir, desde el fracaso de la Comunidad Europea de Defensa (CED) ante el Parlamento francés en 1954. Al igual que la apertura de las fronteras y la adopción de una moneda común, que se desprendía de la creación del Mercado Común en 1958, sólo se realizaron estas instituciones tres o cuatro décadas más tarde por el Acta Unica y por Maastricht. El conjunto de estas instituciones europeas había adquirido un retraso considerable con respecto a la historia. ¿No es curioso que el regreso a la normalidad de la Alemania reunificada y la aceleración de la integración europea fueran simultáneos? Sin duda es así, porque la actitud alemana tras su reunificación ha despertado dudas respecto al futuro. Los malos profetas anunciaban la caída de Europa el día en que Alemania se reunificara. Pero este país imprescindible ha decidido mantenerse en las filas europeas y el

canciller Kohl afirmó que “la reunificación y la integración alemanas son las dos caras de una misma moneda”.

Queda el problema de las relaciones con EE UU. Sin duda, la retirada progresiva de las tropas norteamericanas acelerará el proceso de integración europea, porque pronto habrá que disponer de una alternativa al escudo estadounidense. Pero, para Alemania, la relación trasatlántica sigue siendo esencial y la presencia norteamericana es una garantía mientras Europa no sea capaz de defenderse sola. Además, la OTAN da valor a Alemania. La organización, hecha a medida desde los comienzos de la guerra fría para defender Alemania por el Este, se ha convertido en ese liderazgo compartido que George Bush propuso a Helmut Kohl en mayo de 1989. Bill Clinton ha mantenido ese principio tras la reunificación.

Conservarlo fue una razón esencial para que la diplomacia alemana defendiera la Asociación para la Paz propuesta por Clinton a Rusia, al mismo tiempo que retrasaba la entrada de Polonia en la OTAN para no ofender a los rusos. Al contrario que su colega de Defensa, el cristiano-demócrata Volker Rühe, favorable a un ingreso rápido en la OTAN de los Estados de Europa central, el ministro liberal de Asuntos Exteriores, Klaus Kinkel, consideró prematuro definir en este momento los plazos de admisión. ¿Era sensato negar a Polonia la entrada en la OTAN? Cada año que pasa corre el riesgo de hacerla más difícil.

No obstante y de acuerdo con Francia, Alemania busca soluciones transitorias para Polonia, la República Checa, Eslovaquia y Hungría. Un texto de origen franco-alemán definirá en diciembre de 1994 una estrategia de integración política y económica de estos países a la espera de su ingreso en la UE. Por lo demás, Bonn quiere revitalizar la Conferencia sobre Seguridad y Cooperación en Europa (CSCE), incluidos rusos y ucranianos, para ponerla en condiciones de practicar una diplomacia preventiva. París, a quien no le gusta tanto la CSCE, propone un Pacto de Seguridad paneuropeo. Edouard Balladur parecía temer, en la entrevista anteriormente citada, que Alemania pudiera elegir entre diferentes líneas políticas, entre el Este y el Oeste.

Al preguntarle lo que pensaba sobre esta opinión del primer ministro francés, el experto en política exterior de la CDU, Karl Lamers, respondió: “Desde luego, ayudar a Rusia sigue siendo una tarea importante, pero no podemos ni queremos hacerlo solos. Francia tampoco puede. En cuanto a la relación germano-estadounidense, también tiene una gran importancia, pero para nosotros no es una alternativa a Europa. Los norteamericanos quieren relaciones trasatlánticas con una Europa unida. La OTAN tiene que convertirse en una alianza entre Estados Unidos y la Europa unida. Si Washington se dirige a Alemania, es porque cree que Alemania construirá esa Europa”.

El caso es que la OTAN ya no puede servir de pretexto a Alemania para evitar volver a centrarse en Europa. Los socialistas

alemanes la utilizaron en particular para rechazar la defensa europea. La Alianza Atlántica, justificación de la necesaria presencia norteamericana en Europa, se está transformando. ¿Acaso no dijo un lord británico que la razón de ser de la OTAN era "... to keep the Americans in, the Russians out and the Germans down"? ("mantener dentro a los norteamericanos, fuera a los rusos y debajo a los alemanes"). Los objetivos segundo y tercero ya no son de actualidad. ¿Qué pasará con el primero?

Tras la derrota electoral de su amigo George Bush, Helmut Kohl tuvo rápidamente que ganarse la confianza de Bill Clinton. Si se tienen en cuenta las incertidumbres norteamericanas –tras las recientes elecciones al Congreso– y la inseguridad rusa, Helmut Kohl deberá reforzar la iniciativa europea en dirección a Europa central, objetivo que acaba de ser inscrito en su nuevo programa de gobierno. Tras la salida de las tropas soviéticas de Alemania, el margen de maniobra ha mejorado. En todo caso, al ser europea y no sólo alemana, esta iniciativa será mejor recibida por los rusos y los ucranianos que una avanzada de la OTAN. Un joven oficial de la Bundeswehr nos decía recientemente: "¿Por qué no proponer a los países de Europa central la entrada en el euroejército en vez de en la OTAN?".

Alain Minc, al presentar el estudio sobre "La Francia del año 2000" realizado por una comisión de expertos presidida por él, subrayó que la Europa futura se detendrá en la frontera oriental de Polonia. Helmut Kohl formuló la misma propuesta a comienzos de año. Alain Minc también definió el precio que París pagará por obtener la solidaridad alemana: extender la frontera de la disuasión nuclear francesa hasta el Oder. A cambio, tendría derecho a esperar una mayor comprensión de los alemanes en relación al peligro islámico que amenaza a Europa por su flanco sur.

En un libro reciente, Volker Rühe, consciente de los riesgos que emanan del Sur, escribió: "Mientras que una amenaza militar convencional contra Occidente procedente del Tercer Mundo parece excluida en la actualidad, la posesión de algunas armas nucleares, químicas o bacteriológicas podría bastar para la realización de un chantaje por parte de sus poseedores. La consecuencia podría ser una nueva era de disuasión desprovista de toda estabilidad debido a la multiplicación de los protagonistas y a su imprevisibilidad, así como a la ausencia de dispositivos de control y de seguridad". El ministro alemán de Defensa podría haber añadido a esas amenazas la del terrorismo.